

PENSIONIS

En España, uno de cada tres pensionistas es pobre... Así lo reconoce en el último informe, publicado en marzo del pasado año, el Ministerio de Hacienda, que detalla cómo 3,15 millones de jubilados (un tercio del total, el 32,6%) cobran pensiones por debajo del umbral de pobreza, fijado en 8.200 euros anuales... Un panorama nada halagüeño para los cerca de nueve millones de pensionistas que hay en nuestro país. Y que es dramático en lugares como Melilla (45,4%) o Canarias (40,6%).

Como en otros ámbitos, buena parte de las entidades que salen a su auxilio son de Iglesia. En Madrid, uno de los mayores sostenes es la Comunidad de Sant'Egidio. En su "casa" de la calle Olivar 1, como llaman a este centro de atención en Lavapiés, su directora, **Manuela Pérez**, cuenta a *Vida Nueva* historias que estremecen: "Nunca olvidaré a **María** (nombre ficticio)... Se veía obligada a malcomer para dedicar su dinero a pagarse un sitio donde dormir: la habitación de una sencilla pensión del centro. Era una cocina reconvertida y donde solo había una cama y un armario, sin calefacción. Estaba muy enferma, pues apenas podía comer dignamente".

Este centro de Sant'Egidio abrió en 2008 y, desde entonces, atiende a todo tipo de personas en situación de grave dificultad, entre ellas, un gran número de ancianos que, tras toda una vida trabajando, ahora se encuentran con pensiones muy bajas que les tienen al borde del abismo. "Son muchas más mujeres que

hombres –apunta–. Trabajaron mucho tiempo en labores de cocina, limpieza o en fábricas, pero no cotizaron... Ahora, su pensión es la mínima: 367 euros. Si antes de la crisis iban parcheando, ahora su situación es desesperante".

Otro caso es el de **Emilia** (también, nombre ficticio): "A sus 80 años, tenía su casa, pero sin dinero para nada más, ni siquiera para pagar los recibos de la comunidad, motivo por el cual sus vecinos la denunciaron. No tenía calefacción e iba por los comedores buscando mantas y ropa. Muchas veces tenía que dormir con cinco mantas encima para pasar la noche".

Su muerte impactó mucho a los 60 voluntarios de Sant'Egidio: "Emilia era querida por todos. Muchas veces venía solo para estar con nosotros, para hablar. Su entierro fue muy especial. Fuimos todos y cumplimos con lo que siempre pedía: 'Cuando me muera, rezad por mí'. Y así lo hicimos, desde el corazón..., porque somos una familia. No son usuarios, sino amigos".

"Es muy duro comprobar –enfatisa Pérez– que enferman porque no tienen medios y, entre tener un techo y comer, eligen lo primero. Muchos tienen diabetes y problemas de corazón porque malcomen. Algunos duermen en la habitación de una pensión y allí ni siquiera les dejan calentar la comida que les damos, por lo que tenemos que darles latas y alimentos ya cocinados... Así día a día, por lo que su salud se resiente y parecen mucho más mayores de lo que son".

descartados por el Estado, rescatados por la Iglesia

MIGUEL ÁNGEL MALAVIA

Más de tres millones de ancianos (uno de cada tres) cobran en nuestro país pensiones que están por debajo del umbral de la pobreza. Un drama para muchos que, solos, no cuentan con apoyos materiales o personales con los que sostenerse. Todo un reto para las comunidades cristianas, que se están volcando para acompañar desde la dignidad a quienes no pueden vivir en paz la etapa final de su vida.

»

TAS



Daniel Rodríguez, párroco en Usera, visita a Eulalia en su casa

JESÚS G. FERIA

» La directora destaca que “es mucho lo que estas personas me han regalado. Son una escuela de humanidad. Poder estar cerca de ellos y que te cuenten su historia, mientras les acompañamos al médico o a tramitar papeles, me enriquece. No desesperan, y lo que les hace querer vivir es el saberse queridos por quienes nos preocupamos por ellos... Aquí nadie es anónimo o un número. Todos tienen un nombre. Son nuestros amigos. Acompañarles en los momentos finales de su vida, cuando tienen mayor debilidad, es un tesoro que custodiamos y transmitimos a las nuevas generaciones”.

También en Madrid, la parroquia Nuestra Señora de la Soledad, en Usera, trata de hacer frente a una realidad marcada por el hecho de que el 90% de la población activa del barrio es inmigrante (de ahí que se vuelquen para aunar en la comunidad a los tres grandes grupos mayoritarios: bolivianos, ecuatorianos y chinos) y, en cuanto a la población española, esta sea en buena parte mayor e impedida. Para ello, como cuenta su párroco, **Daniel Rodríguez**, “organizamos un equipo de acompañamiento, formado por 20 voluntarios, para visitar a los ancianos en sus casas, pues muchos no salen. Atendemos a 150 mayores, de los cuales siete son centenarios... Y acaba de morir la mayor a sus 112 años, seguramente, una de las más longevas de todo el mundo”.

Como detalla el párroco, llegado hace cinco años al poco de recibir la ordenación sacerdotal, “la idea de dedicar la parroquia a la Soledad va un poco por esto, por la importancia que damos a quienes lo han dado todo por la parroquia durante toda su vida y ahora no pueden estar con nosotros”.

Rodríguez ha echado mano de propuestas ciertamente originales para tejer lazos familiares.

Mucha vida más allá de la jubilación

Soledad Suárez fue la presidenta de Manos Unidas entre 2012 y 2016. Pero su servicio comenzó mucho antes, en 2005, cuando, tras toda una vida como farmacéutica, vendió su negocio y se regaló un tiempo para sí misma, para su familia... y para los demás, pues “tenía claro que quería dedicarme al voluntariado”. Entró en la entidad eclesial, donde ejerció distintas funciones, “hasta que un día me pidieron ir más allá en mi servicio y ejercerlo desde la presidencia”.

Una experiencia que recordará como “una verdadera maravilla”. En lo personal, “me ha abierto la mirada al mundo, enriqueciéndome en todos los sentidos, empezando por el espiritual”. Así, Suárez ha aprendido mucho “del trabajo del día a día, gracias a unos magníficos equipos que hacen una labor increíble y que me ayudaron en todo”. También, claro, se nutrió de vivencias únicas en sus viajes por todo el mundo, “donde me encontré siempre con gente a la que acompañábamos y sentías de verdad que transformábamos su vida.

Sus ‘gracias’, su infinito cariño, es algo único”.

Como también lo fueron los momentos de “gracia” en los que pudo saludar personalmente a **Benedicto XVI y a **Francisco**, “quien nos pidió que nunca dejemos de ayudar como lo hacemos”.**

Echando la vista atrás, la anterior presidenta de Manos Unidas lo tiene claro: “Ha sido la mayor riqueza de mi vida y por ello daré siempre las gracias a Dios”.

Hace un año, en una oración, surgió una iniciativa muy especial: “Cuando llegamos al último misterio, me di cuenta de que los fieles estaban divididos, de un modo circunstancial, en dos bloques: a la izquierda, los jóvenes, y a la derecha, los mayores. Como eran más o menos 60 y 60, paré la oración y les pedí que se mezclaran y se pusieran por parejas, agarrándose de la mano para la última ora-

A la izquierda, Manuela Pérez, directora del centro de Sant’Egidio en Madrid, junto a los ancianos atendidos por la comunidad



ción. Al terminar, les pedí que se quedaran con los nombres del otro. Los mayores tenían que encargarse de rezar por su joven. Y los jóvenes, cada vez que vinieran a la parroquia, tendrían que preguntar qué tal iba su veterana pareja. Hoy, todos cumplen con lo prometido y se han labrado relaciones de mucho cariño”.

Una sorpresa especial

Una dinámica similar ha tenido gran eco en la parroquia: “Le damos a un mayor el nombre de un joven para que rece el rosario por él. Al chico no le decimos nada cuando lo organizamos de tal modo para que el abuelo que visita sea precisamente el que le apadrina... Hasta que llega un día especial, como su confirmación, y ahí ya se lo contamos, a modo de sorpresa. Se emocionan todos al conocer ese vínculo invisible que les ha unido”.

También desarrollan esta vivencia en un taller en el que cosen ropa para mujeres en situaciones de dificultad: “Allí acuden muchos niños a echar una mano. Aprovechando que hay muchas mujeres mayores, les pido que aprovechen ese rato de trabajo manual para compartir sus experiencias y que las ancianas les ofrezcan su sabiduría de vida, conversando amistosamente”. Así es como tejen unos lazos muy humanos.

Además, la parroquia organiza varios encuentros al año para que acudan al templo los más mayores que no salen de casa, buscándoles los voluntarios uno a uno. Esto lo hacen en Navidad y en un festival musical que organizan para ellos y que termina con una merienda y recibiendo un regalo artesanal. Otro día clave, concluye el joven párroco, es por la Pascua del Enfermo, “cuando les damos la unción de enfermos



JESUS G. FERIA

y, lejos de que se asusten, les explicamos que el fin de este sacramento es darles fortaleza para poder vivir con la enfermedad y la soledad. Además, les pedimos que ofrezcan sus sufrimientos por los que experimentan muchos jóvenes. Lo entienden muy bien y, de hecho, les ayuda en su día a día”.

En Bilbao, el Área de Mayores de Cáritas Bizkaia despliega un trabajo ingente. Su directora desde 2011, **Pili Castro**, cuenta cómo hasta 300 voluntarios se organizan en equipos para hacerse presentes en 22 municipios de la provincia: “Es el proyecto *Acompañamiento a Personas Mayores*, teniendo como objetivo principal la lucha contra el aislamiento y la soledad, llegando tanto a personas en sus domicilios como en residencias”. “Prendemos mejorar –comenta– la calidad y condiciones de vida de los más vulnerables y con menos apoyos, potenciando su autonomía y favoreciendo la permanencia en su entorno”.

“Los inicios del Área –recuerda– se remontan muchos años atrás, cuando desde diferentes parroquias se acompañaba a las personas mayores que no podían salir de sus casas”. Con el esfuerzo de un total de 400 voluntarios, han podido coordinarse en diferentes equipos e impulsar varios proyectos concretos en las localidades vizcaínas de Santurce y Portu-



JESUS G. FERIA

Arriba, el párroco de Nuestra Señora de la Soledad, en Madrid, conversa con Eulalia. Abajo, ella junto a César, seminarista y uno de los 20 voluntarios jóvenes de la parroquia que acuden a visitar a los ancianos del barrio en su hogar

galete. Uno de ellos es el programa *Dinamización*, en el que, “a través de la realización de actividades, intentamos ofrecer espacios de encuentro a la vez que estimular las capacidades de las personas”.

En el propio Bilbao, en los barrios de Irala y el Casco Viejo, así como en el municipio de Basauri, han puesto en marcha *Bizi-Bete*, una propuesta de acción por la que se ofrece el espacio abierto de un local en el que se puedan encontrarse personas mayores cuyas circunstancias les puedan abocar a la soledad. Allí, el auténtico motor son el ocio y el esparcimiento en un ambiente de confianza donde puedan surgir amistades.

Otro de los proyectos es *Esku Onetan*, “un servicio de apoyo a las personas que cuidan de sus familiares dependientes y desde el que, gracias a un convenio con la Diputación Foral, ofrecemos momentos de respiro a través del trabajo combinado de personas voluntarias y contratadas, siempre en clave de un cuidado integral”.

Un programa imprescindible es *Barriztu*, donde, desde 2008, ayudan a muchos ancianos a que puedan acometer en sus hogares pequeñas obras (renovación de la instalación eléctrica, reparación de suelos o cambio de bañera por ducha) que necesitan para vivir con unas mínimas condiciones y que ellos, por sí mismos, no pueden pagar. Como detalla Castro, “con esto se busca ayudar a cumplir un deseo que tenemos la mayoría de las personas: vivir en nuestra casa”. Para sufragar los costes, cuentan con el apoyo de la Fundación Carmen Gandarias. Cáritas paga otra cuota y el propio beneficiado, una parte muy pequeña.

Gran vulnerabilidad

Egunon Etxea es un proyecto auxiliado por la Diputación y por la Fundación Tapia. Según Castro, “atiende a personas con un recorrido vital complejo y en situación de gran vulnerabilidad: gente con escaso contacto con sus allegados, alojados en pensiones, albergues o en pisos propios (viviendo solos), con algún tipo de adicción, trastorno o enfermedad mental, con poca confianza en sus capacidades...”. Consta de un centro de día que abre los 365 días del año y de dos pisos compartidos en los que se alojan personas con situaciones especiales.

Más allá de esta impresionante labor, la directora echa la vista atrás y recuerda cómo llegó hace 17 años a Cáritas,



A FONDO PENSIONES COMO DIOS MANDA

» “ahondando en lo que, como psicóloga, siempre he sentido como una vocación: el servicio a nuestros mayores”. Fruto de esa experiencia, reivindica el factor humano: “Me enseñan mucho, sobre todo que lo esencial es lo sencillo, lo afectivo. Ellos solo quieren cariño, sentirse especiales para otros. Cuando tenemos la oportunidad de ofrecerles compañía y respeto, recuperan las ganas de vivir; sentir eso me emociona”.

Más allá de la fe

En este sentido, Castro reivindica la labor de los cientos de voluntarios comprometidos en los seis proyectos que en toda Vizcaya pone en marcha la entidad eclesial. Algo que hacen desde una pasión por la dignidad humana que va más allá de la fe (“no todos los participantes son cristianos”) y que saben que es más efectivo al ser una acción conjunta: “El trabajo en equipo, divididos en grupos y juntándonos todos cada cierto tiempo para reflexionar sobre lo que hacemos, es clave, pues nos enriquecemos con las experiencias de cada uno”.

Y es que, admite, “no siempre es fácil. Hay momentos muy duros, pues muchas veces el acompañamiento de un voluntario con una persona es hasta su muerte... Son lazos muy fuertes, la gente se quiere. He conocido relaciones de hasta 14 años que han terminado con el último adiós. Son historias, en definitiva, bonitas y con un trasfondo de esperanza”.

Un claro ejemplo es la relación que une a **Mercedes Amann** y **Ana Cuesta**. La primera tiene 87 años y reside en el Casco Viejo bilbaíno. Vive sola, tiene muchos problemas de movilidad y su única familia son dos sobrinos con bastante carga laboral, por lo que apenas sale de casa. Su “luz” son las dos voluntarias que van a



verla semanalmente: **Merche Íñiguez**, de Cruz Roja, y la propia **Ana Cuesta**, de Cáritas, a quien define como “mi mejor amiga”. Teniendo a sus amistades de toda la vida “muertas o enfermas”, el mero hecho de ver a sus acompañantes o hablar con ellas por teléfono la pone “muy contenta”. “Siempre he sido muy viajera y activa –rememora Amann—. Ahora, recluida en casa, lo peor es el silencio, que es terrible. Pero con ellas me siento querida, y eso me lo da todo, me salva”.

Para Cuesta también está siendo una experiencia única: “Cuando perdí el trabajo hace cinco años, decidí que quería hacer algo por los demás. Me apunté a Cáritas y a los pocos meses Pili Castro me ofreció acompañar a Mercedes. Al principio, fue un reto para las dos. También para ella, que abría su hogar a una desconocida. Pero enseguida conectamos y nos une una cercanía muy bonita”.

Si hace buen tiempo, salen a dar un paseo y a tomarse un

la labor de Cáritas Bizkaia cuenta con seis proyectos en los que ayudan a cientos de ancianos. Arriba, un grupo realiza manualidades. Abajo a la izquierda, Ana Cuesta y Mercedes Amann. A la derecha, Pili Castro, directora del Área de Mayores de la red eclesial

café. Momentos que, como cuenta Cuesta, “Mercedes aprovecha para hablar con los turistas o con cualquiera que se tercie. Ante todo, lo que necesita es hablar, sentirse viva. Por eso, lo esencial de nuestra relación es la conversación. Yo la ayudo en lo que sea, pero más que nada hablamos, ya sea de cocina o de política”.

Pero la ayuda no va en un único sentido... La voluntaria de Cáritas se siente muy agradecida por haber conocido a Mercedes: “A mí me enriquece, forma parte de mi vida. Desde el primer día que, saludando a unos conocidos, la presenté como mi ‘amiga’, ella siempre me presenta así a quienes vemos. Y es que es lo que somos: amigas”.

Una de las personas que más visión global tiene sobre la cuestión es **José Ramón Solanillas**, responsable del Programa de Mayores de Cáritas Española. Conocedor de decenas de iniciativas llevadas a cabo por la principal entidad social del país, hay historias que le mar-



Enfermera de San Juan de Dios con un anciano

Un grupo en auge en Ciempozuelos

Aunque el Centro San Juan de Dios en Ciempozuelos (Madrid) es sobre todo conocido por su labor con cientos de personas aquejadas de distintas enfermedades psicológicas, en una ingente labor que empezó ya en 1866 con **Benito Menni**, hoy su acción abarca muchos más retos. Como explica **Begoña Fernández**, la trabajadora social del centro, “en 2017, el 20% de la población atendida desde nuestra Área de Desarrollo Solidario ya eran personas mayores de 65 años cuyas pensiones no les permiten dar respuesta a sus necesidades básicas y que además, en muchas ocasiones, están solas”. “El recurso –abunda Fernández– más utilizado por estas personas, además de la farmacia y las ayudas en el pago de la vivienda o de suministros básicos, es el comedor social, donde se garantiza su correcta alimentación y que, además, sirve como vehículo para su participación en la vida social, económica y cultural de su entorno”.

can: “A sus 95 años, a **Gloria** la acompaña Cáritas Girona desde 2007. No tiene ducha y se lava con una palangana. Tampoco dispone de lavadora y lo lava todo a mano. Está muy sola. Solo va a verla el hijo, cada 15 días. Ella misma la define como ‘visita de médico’... En cambio, con la voluntaria de Cáritas que la visita se siente escuchada y querida”.

Otro caso, a cargo de Cáritas Zaragoza, le duele en el alma: “Es una señora de 88 años que padece demencia, síndrome de inmovilidad, incontinencia urinaria e hipoacusia moderada. Está encamada y necesita ayuda para todo. Es viuda y tiene un hijo, pero este tiene un trastorno de personalidad y un abuso de alcohol, por lo que no puede responsabilizarse

de su cuidado. En cuanto a su hogar, desde salud pública realizan labores de desinfección por chinches y se encargan de la limpieza general. Su único ingreso es por la pensión de viudedad, siendo la situación insostenible. Servicios Sociales solicita una plaza para ella en la residencia Santa Teresa, de Cáritas Zaragoza, pero, al carecer de DNI, la Administración no ha respondido. Mientras, la situación es la que es...”.

Situaciones límite

A través del proyecto *Nuestros Mayores*, Cáritas Jaén ayuda a muchos ancianos. Desde una mujer de 73 años que no ha podido pagar “ni los gastos de la funeraria tras la muerte de su hija discapacitada”, hasta otra mujer, una viuda de 88 años y con cinco hijos, cuya casa no tiene unas condiciones mínimas de habitabilidad y, además, cuenta con barreras arquitectónicas que le impiden acceder a la cocina o al cuarto de baño; se sostiene “gracias al Servicio de Ayuda a Domicilio y al comedor social de Cáritas”.

También en la capital jienense, Solanillas recuerda a “un hombre de 80 años, casado y con dos hijos, cuya esposa, con alzheimer, está en una residencia. A él un cáncer le

limita funcionalmente. Percibe una pensión de 788,90 euros, con los cuales tiene que pagar la residencia en la que se encuentra ella y cubrir una deuda que asumió de su hijo. Ha tenido que dejar de pagar esa hipoteca, por lo que está a la espera del desahucio. Mientras se intenta que pueda ingresar en la residencia con su mujer, desde Cáritas se le proporciona un servicio de ayuda para cubrir sus necesidades básicas”.

En Cáritas Granada también tienen que hacer frente a situaciones que ponen los pelos de punta a través de su Centro Oasis: “Un claro ejemplo es el de un varón sin lazos familiares ni apoyo de cuidadores profesionales. En situación de pobreza severa, no percibe ninguna prestación y su vivienda no tiene condiciones de salubridad ni habitabilidad. En este difícil estado, le dieron el alta hospitalaria tras sufrir un ictus. Además, padece disfagia y lleva sondas nasogástrica y urinaria, desplazándose en silla de ruedas”.

A través de su unidad de día, Cáritas le ofrece un apoyo integral que incluye el transporte desde su domicilio en un pueblo de Granada hasta el centro, la preparación de su medicación, el lavado de ropa y enseres personales o su higiene diaria. El precio de la plaza “es simbólico y corre a cargo de la Cáritas parroquial y de Oasis”. Igualmente, “se le acompaña y apoya en todas sus necesidades, así como en los trámites para el suministro de luz y agua, y en sus gestiones burocráticas, consiguiendo finalmente que se le haya concedido una pensión no contributiva y una plaza en régimen residencial”.

Y es que en España hay muchos pensionistas pobres para el Estado, pero ricos para la Iglesia.

Los jubilados católicos gritan para llegar a fin de mes

MIGUEL ÁNGEL MALAVIA

Más allá del acompañamiento, la Iglesia se compromete con los pensionistas en graves dificultades a través de la denuncia pública, batallando por sus derechos en las calles y en las instituciones. Esto se da de un modo especial en el País Vasco, donde, según los cálculos de EAPN (Red Europea de Lucha contra la Pobreza), el 34,5% de los pensionistas (183.000 personas) tienen ingresos por debajo del umbral de la pobreza. De ellos, unos 34.500 pensionistas perciben pagas inferiores a 334 euros al mes, instalándose ya en el umbral de la pobreza extrema.

Elena Arce, pensionista y miembro de la HOAC en Vitoria, lleva años implicada en esta causa. En conversación con *Vida Nueva*, destaca cómo ha cambiado el panorama desde que en enero de 2018 comenzaran las primeras marchas de protesta, cada lunes al mediodía, frente a los ayuntamientos de las capitales vascas. “Entonces –destaca–, se movió por las redes y el símbolo era un lazo marrón. Nadie sabíamos muy bien quién lo movía todo y, de hecho, cuando llegábamos a las marchas, no había lemas, manifiestos o pancartas. Con el paso del tiempo, manteniéndose siempre la estructura de la protestas todos los lunes a las doce, ya nos hemos organizado y contamos con objetivos y proclamas concretas”.

En Vitoria coordinan las movilizaciones tres entidades: Pensionistas Árava, la Coor-

dinadora Estatal en Defensa de las Pensiones Públicas y Por Una Vida Digna, a la que pertenecen ella y su marido. “Nuestra asociación –cuenta– la integramos una mayoría de pensionistas, pero también hay trabajadores”. Ahora, la idea es que, poco a poco, esta marea cívica se extienda a los municipios, yendo más allá de San Sebastián, Bilbao o Vitoria.

Y, con la vista puesta en el futuro, aparte de las reuniones mensuales en la capital alavesa entre todos los coordinadores de las grandes ciudades, “nuestros representantes han acudido a Madrid a reunirse con los diferentes partidos políticos”. Conscientes de la avalancha de promesas políticas que les llegarán en estos tiempos de elecciones, piden seguir activos: “Ha habido mejoras con el Gobierno de **Pedro Sánchez** y algunas entidades y personas se han retirado de las protestas, pero la mayoría tenemos claro que hay que seguir en la calle, pues solo así se nos escuchará de verdad. No nos bastan ciertos gestos o avances, sabemos que lo que está en juego es el futuro de nuestras pensiones, que realmente corren peligro, imperando cada vez más la idea de que cada uno deberá buscarse la vida y conformar su plan de pensiones. A la larga, habrá una mayor brecha entre los que pueden valerse por sí mismos y los trabajadores empobrecidos. Y es que, si hablamos de los planes de pensiones, hemos de saber que se está beneficiando el negocio de los bancos y las aseguradoras, no el futuro de los trabajadores”.

Con todo, lo que más valora Arce “es la unidad de todas las entidades comprometidas en la causa, siendo clave la colaboración entre comunidades cristianas y otras a las que no las mueve ninguna creencia religiosa”. De hecho, “estas últimas también visibilizan la construcción del Reino, pues defender derechos clave como pensiones justas y vivienda digna también manifiesta la acción de Dios en el mundo”.

Y es que, denuncia, “es inasumible que en nuestra sociedad sean muchos los que viven más empobrecidos por unas decisiones políticas que no miran por el bien común. En el caso de los recortes en las pensiones, estamos ante una cuestión prioritaria y que nos afecta a todos, también a los jóvenes, que heredarán esta situación. Es un reto intergeneracional

El jesuita Joaquín Ciervide, en una escolita en R. D. Congo





DIÓCESIS DE VITORIA

La tercera por la izquierda, Elena Arce, pensionista y miembro de la HOAC, en la manifestación por las pensiones dignas celebrada en Vitoria este 11 de marzo



en el que todos debemos ser partícipes y apostar por la solidaridad”.

En cuanto a si considera que en la Iglesia hay, en general, una concienciación sobre esta cuestión y es algo que hacen suyo muchos pastores, al hilo de lo que insiste el papa **Francisco** cuando habla de la cultura del descarte o convoca a los sindicatos, Arce explica que, “poco a poco, se empezaban a ver con preocupación fenómenos como la dificultad del trabajo digno para una sociedad decente. Se dan pasos en este sentido, pero se necesita mucho más eco en el conjunto de las comunidades cristianas y que esta acabe siendo una lucha esencial para todas las personas y para toda la Iglesia, pues el trabajo forma parte esencial de la vida humana, personal, familiar y social”.

Personalmente, para esta militante de la HOAC, “comprometerme en esto es algo que me ha enriquecido mucho. Fui sindicalista, y ahora he podido dar continuidad a esa militancia llenándola aún más de contenido. He podido trabajar con personas y con entidades

muy diferentes entre sí, pero a las que nos une esa defensa de lo humano, de los más empobrecidos a los que acompañar y dar visibilidad, del respeto al otro. Ahí veo yo, de un modo muy claro, una esencia del Evangelio, pues **Jesús** nos llamó a otra forma de vivir y a construir la propia humanidad en nuestro día a día”.

Al volver de la misión

Pero, ante este fenómeno, la Iglesia no solo atiende al que sufre o denuncia en la calle. Muchos de sus mismos consagrados saben perfectamente qué es ser pensionista. Aunque la situación de cada uno es diferente según su experiencia vital... Un ejemplo en positivo es el del jesuita **Joaquín Ciervide**, jubilado y residente en Mallorca tras donar diez años de su vida en la misión, estando entre 2008 y 2017 en Chad, Ecuador, Madagascar y la República Democrática del Congo. Perteneciente a la Provincia de Loyola, su apostolado se inició en 1964, reconociendo que su institución “tenía un empeño muy generoso en cuidar a sus misioneros. Así es como, a par-

tir de mis 50 años de edad, la Provincia de Loyola empezó a cotizar por mí en un plan de pensiones”. Hasta 2008, cuando, ya con 65 años, “la Provincia de Loyola dejó de cotizar por mí y yo pasé a beneficiarme de dicho plan”, aunque sin poder recordar exactamente “cuánto se recibe por ello”. También han contribuido sus circunstancias familiares: “Mi padre, **Leoncio Ciervide**, fue oficial de Sala y habilitado de la Audiencia Territorial de Pamplona y, como tal, formaba parte de una mutualidad muy generosa. Tuvo tres hijos. Las dos chicas murieron antes que mi madre, que también falleció en 1994. A la muerte de mi madre, como único descendiente de mi padre, pasé a recibir una pensión, como continuación de la pensión de viuda que mi madre percibía. Desde entonces, los jesuitas reciben, en mi nombre, dicha pensión, que gira alrededor de los 450 euros mensuales”.

Como muestra del buen funcionamiento de la Provincia de Loyola, queda el hecho de que “los superiores jesuitas, siempre preocupados por darnos



» una vejez digna a misioneros o no misioneros, nos proporcionan una cantidad igual a todos y que asciende a 1.200 euros mensuales. Ahí van incluidos los fondos de diferentes planes de pensión, que la Compañía completa hasta llegar a los 1.200. Así, “gracias a este sistema de precaución, todo jesuita recibe 1.200 euros, ni un céntimo menos pero, también, ni un céntimo más. Aparte de eso, también contamos con un seguro médico”.

Una situación, por cierto, que Ciervide mantuvo en todos los países en los que estuvo como misionero, al cumplir los 65 años (momento que para la mayoría de los ciudadanos españoles equivale al inicio de una época de retiro): “Durante todos esos años en cinco países, mi pensión de 1.200 euros ha sido para cada una de mis comunidades una gran bendición”. Por todo ello, concluye el jesuita, “solo puedo dar gracias: a Dios, porque, a mi edad, me sigue concediendo vida y salud; a la Mutualidad de Funcionarios de Justicia, que me considera ‘un pobre huerfanito’; al plan de pensiones, cuyo nombre desconozco; y a la Compañía de Jesús, que, a pesar de mis pocos merecimientos, manda una pensión a mi nombre gracias a la cual nuestra comunidad vive muy bien”.

Otra realidad es la que viven comunidades más pequeñas, como las misioneras javerianas. Así lo transmite **Dolores González Gil**, quien, a sus 88 años, tras 25 años trabajando en hoteles de Alicante y Málaga, ejerciendo como costurera, camarera, auxiliar de cocina y lavandera, cobra una pensión de 800 euros, aunque casi siempre ha estado más cercana a los 700. Un dinero con el que “apenas tenemos para ir tirando día a día, aunque nos ayuda-



JOSE ANTONIO EGUIARA

Arriba, Elena Arce, militante de la HOAC en Vitoria. Abajo, la javeriana Dolores González Gil, quien trabajó durante 25 años en hoteles de Alicante y Málaga, desconociendo los dueños y su sindicato, Comisiones Obreras, que era religiosa

mos mucho entre las cuatro hermanas de comunidad que actualmente formamos en Málaga, también ellas jubiladas y pensionistas, cobrando ellas unos 1.200 euros”. Una parte, por cierto, la donan a su congregación, dirigida a un fondo para las hermanas con menos recursos.

Los mítines de Carrillo

En su caso, cree que percibe menos “porque empecé a cotizar con 38 años y además me tuve que jubilar un poco antes, con 63 años, por cuestiones de salud. Tenía la espalda muy mal y no podía más... Aun así, no me dieron la jubilación completa al considerar que podía ejercer otras labores”. Con todo, echa la vista atrás y se muestra feliz: “Por vocación, la Institución Javeriana busca estar en el mundo del trabajo, siempre donde más falta haga. Yo he sido voluntaria en Cáritas y en Málaga Acoge, en pisos con inmigrantes, pero, aparte, sentía que tenía que trabajar como los demás”.

Entre risas, cuenta un alud de anécdotas, “como las muchas veces en que, en mi hotel de Málaga, el Cervantes, donde estuve entre 1973 y 1993, no me creían cuando decía que tenía que venir a Madrid ‘por temas familiares’. Viajaba por cosas de la congregación, pero se pensaban que venía a ‘los mítines de Carrillo’. Pertenecía a Comisiones Obreras y lucha-



ba por los derechos de los 130 trabajadores, pero ni en el hotel ni en el sindicato sabían que era religiosa”.

A quienes les ha supuesto un reto adaptarse al sistema de pensiones ha sido a las religiosas de vida contemplativa, llegando un momento en el que el propio Estado temió que muchas monjas de clausura que no habían cotizado no pudieran sostenerse por sí mismas en las comunidades menos numerosas y sin obras sociales en las que apoyarse. Así lo recuerda la hermana **María Presentación Zotes Fernández**, ecónoma del convento de las ursulinas en Sigüenza, que acaban de cumplir 200 años de presencia en esta localidad de Guadalajara: “A inicios de los años 80, la Conferencia Episcopal nos pidió a todas las comunidades de vida contemplativa de España que diéramos un adelanto económico al Estado para poder empezar a cotizar como autónomas y así, cuando llegara el momento, jubilarnos y obtener la pensión mínima”.

En el caso de su comunidad, al contar con un colegio internado para chicas, “muchas hemos sido profesoras en él y hemos cotizado en la Seguridad Social como cualquier otro maestro contratado”. Aunque más allá de la condición de cada una de las ocho hermanas (que van de los 99 años a los 64, siendo esta última la única no jubilada), “al regirnos por la Regla de san **Agustín**, todo lo ponemos en común en un fondo y muchas ni siquiera saben a cuánto asciende su pensión”. Zotes concluye asegurando que su situación económica es “buena” y que, más allá de lo oficial, “aquí ninguna se siente jubilada: estamos volcadas con las chicas del centro, en la portería o en lo que haga falta. No paramos”.

Proteger y defender la debilidad

SEBASTIÁN MORA. PROFESOR EN LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE COMILLAS



Manifestación de pensionistas en Bilbao el pasado lunes 11

En estos momentos, en nuestro país, los pensionistas están sufriendo una intensa inseguridad que ha originado una movilización social sin precedentes en este colectivo. La Conferencia Episcopal, diversas instituciones, colectivos de Iglesia y muchas diócesis han apoyado a estas personas que reclaman una pensión digna. No podíamos esperar menos porque la Doctrina Social de la Iglesia (DSI) nos llama siempre a proteger y defender la debilidad.

Proteger las situaciones de fragilidad y defender los derechos de las personas más vulnerables es un cometido práctico y teórico de las reflexiones sociales de la Iglesia. Y venimos observando, especialmente desde el estallido de la crisis, que los pensionistas han ido perdiendo solidez al disminuir sus rentas y aparecer un velo de incertidumbre sobre el futuro de sus pensiones.

La DSI, de manera diáfana en *Laborem exercens*, ha sostenido el derecho a una pensión digna como fru-

to de un correcto desarrollo del derecho al trabajo. Derecho a una pensión que viene precedida por el trabajo realizado durante años. Son personas que responsablemente han trabajado para labrar un presente y construir un futuro. La dimensión subjetiva del trabajo, soporte de la dignidad de la persona, tiene su continuidad en un sistema de pensiones justo.

El papa **Francisco** nos recordaba, con su característica expresividad, que unas pensiones justas son aquellas que se alejan tanto de las pensiones pobres como de las pensiones de oro. Porque, en la actualidad, lo que se está transparentando es un sistema de desigualdad en el que muchos viven con pensiones pobres y unos pocos con pensiones de oro. Porque las pensiones, además de estar sustentadas en el derecho al trabajo, reclaman poner en juego el destino universal de los bienes como principio vertebrador de una sociedad cohesionada.

Una sociedad cohesionada y orientada al bien común no puede despreciar la dimensión intergeneracional de la solidaridad. No solo como proyección de futuro, sino como un ejercicio de responsabilidad con el pasado. Construir un mundo solidario exige poner atención en los desvelos que sufrieron nuestros abuelos y no solo en la promesa de felicidad para nuestros hijos e hijas. Estos desvelos pasados reclaman justicia en el presente como un ejercicio de solidaridad intergeneracional profundo.

El pensamiento social de la Iglesia es claro y nítido reclamando un sistema de pensiones justo desde los principios y los derechos que emanan de ellos. Pero, además, desde el punto de vista práctico, debemos considerar qué supone la erosión de nuestro sistema de pensiones. Para la Iglesia, la familia es la célula clave de la sociedad y merecedora de especial protección. Si analizamos las consecuencias sociales de la crisis y el papel jugado por nuestros pensionistas, caemos en la cuenta de su labor de sostén de las familias. El verdadero colchón de apoyo a las personas ha sido el familiar y, dentro de ellas, el rol activo desempeñado por los pensionistas. Las pensiones son requeridas desde los principios y necesarias desde el punto de vista de la inclusión social.

La Iglesia, como experta en humanidad, debe acompañar, proteger y defender los derechos de las personas y colectivos fragilizados. Asegurar un sistema justo de pensiones pone en juego nuestros recursos teóricos más vitales como ejercicio de coherencia con nuestros principios. Y la realidad nos exige comprometernos con unas movilizaciones que pretenden desvelar la cultura del descarte y “empeñarse con una determinación firme por el bien común” (SRS nº 38). ●